

EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

LEJISLACION

En uno de los números anteriores de este periódico, hablando su director del poder legislativo que abría sus sesiones manifestó el deseo que no es solamente el suyo sino el de toda la Nación, de que la Cámara se ocupara con seriedad y asiduamente de las cuestiones vitales que se le habian presentado. Creyó oportuno recomendarle el mayor tino en la eleccion de los asuntos, la mayor prudencia en evitar cuestiones inútiles, prodigalidad de palabras y de tiempo siempre perjudicial:—prometiéndole atender á lo que ella hiciera,

Hoy, no pudiendo él cumplir este propósito, por atenciones de otro género que absorben su tiempo momentáneamente, le ha echado en nuestros débiles hombros. Aunque nuestras aptitudes no correspondan á este encargo, trataremos de llenarlo humildemente.

La Cámara de Representantes acaba de sancionar el proyecto de Código Civil del Doctor D. Eduardo Acevedo jurisconsulto Oriental digno de una celebridad Europea por la importancia de su trabajo, acreedor al reconocimiento de todos los Orientales por el inmenso servicio que ha prestado á nuestro país.

La Comision encargada de examinar el proyecto habia dictaminado que era menester aceptarlo tal cual estaba por que discutirlo hubiera sido un trabajo interminable y de poco provecho.

La Comision podia haber tenido razon.

En cinco años desde que la obra de Acevedo es del dominio público, en casi otros tantos desde que ha sido recomendada á nuestros abogados de mayor nota, no se adelantó un solo paso en la discusion privada del nuevo cuerpo de Leyes.

Los diputados tenian por lo tanto una perspectiva poco halagüeña delante de sí, y torcieron el camino.— Si la montaña no puede venir á nosotros, decia el profeta, nosotros iremos á la montaña.

Y el voto legislativo ha sido una nueva realizacion del antiguo milagro.

Pero la Cámara debía ó no debía examinar el proyecto de Código. Este dilema persuadiria aun á un Doctor en derecho canónico de los que *distinguen* siempre.

Si debía discutirse porque no lo ha leído?

—Un diputado confesó modestamente en plena Cámara que no lo habia visto: sin embargo pronunció palabras de fuego contra una buena y santa disposicion del código que habia oido nombrar.

Otro diputado á quien preguntamos porque no daba su opinion, la que hubiera valido mas para nosotros que la elocuencia del Sr. Lavandera, nos contestó que no conociendo el proyecto se abstenia.—

Hacemos un elogio merecido á la buena fé del Sr. diputado.—

Otra razon:—si lo queria discutir ¿porque no empezó por el Art. 1.º y no concluyó con el 2509 (y no cuatro mil segun la hiperbole del Sr. Lavandera)?

Nada de eso: la Cámara declaró que no queria discutir, y de consiguiente comenzó la discusion sobre el capítulo 2.º primera seccion del proyecto que no se discutia.—

A decir verdad, nosotros ignorantes en ambos derechos creiamos que ninguna disposicion del código mencionado hubiera merecido tanto la aprobacion pura y simple de todos los poderes como la que fija las reglas puramente civiles que pertenecen al matrimonio como *contrato*.—

—No solamente la discusion se llevó adelante de un modo curioso entre un diputado opositor que no habia leído y un miembro de la comision informante que habia leído, sino que el primero le dió de calabazas al segundo.

Eso provenia de que un hombre respetable é inteligente al parecer en derecho canónico habia dicho al Sr. Lavandera que el capítulo sobre matrimonio invalida atribuciones ajenas y legislaba en la Iglesia.

Y la cámara decidió en favor de la opinion del jurisconsulto canónico sin conocerlo.

Mientras tanto el código ha sido sancionado, salvo la modificación: es decir, que el que nos debía mil pesos nos dió mil pesos menos quinientos: la cuenta es justa.

Nos permitiremos ahora observar á la honorable Cámara de representantes que quitando lo bueno del código le ha dejado lo malo.

Si sus respetables miembros no queriendo leer todo el proyecto se hubieran contentado con ojear sus primeras dos páginas como se hace con un libro que no divierte, hubieran notado un verdadero error que no tenemos inconveniente en reprochar al mismo Doctor Acevedo.

Queremos hablar de la muerte civil.—ahora que la Cámara ha sancionado vendría fuera de tiempo el es-tendernos sobre esta materia.

Pero si quedan defectos en la obra monumental de nuestra legislación, quien tiene la culpa?

Si la Cámara hubiese hecho conocer su intencion de modificar el código, la prensa ilustrada de este pueblo no la hubiera iluminado?

Si ella lo hubiese dejado á lo menos tal cual estaba, no se hubiera ahorrado tiempo y palabras, y nosotros no tendríamos una legislación cien veces mejor?

S. Rossi.

CAMILA O'GORMAN.

En visperas de ser representada en Montevideo nuestra primera produccion dramática—Camila O'Gorman—creemos oportuno publicar la dedicatoria de este drama, suprimida en el acto de la impresion por las causas que motivaron su no representacion en Buenos Ayres y que entonces la hacian inoportuna.

Hé aquí esa dedicatoria:

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DUCLOS

¡Que el soplo de tus labios le dé vida!
¡Que el aura de tu nombre le dé nombre!

Ahi tiene usted mi Camila. Es mi primera produccion dramática; V. la ha inspirado, á usted le pertenece.—Aunque en la edad de las ilusiones, muy pocas me hago ya.... Ninguna abrigo—se lo juro—respecto á este trabajo: es un ser inanimado que espera el soplo de vida de sus labios.—Yo tengo la persuasion de que los versos mas frios é insignificantes confiados á su talento, adquieren fuego y pasion; y es ese convencimiento lo que me induce á dar á la escena esta obra. Si algun éxito llegase á merecer de la pública indulgencia, desde ya reconozco que á usted será debido.

Permítame, pues, que coloque á la cabeza de este ensayo defectuoso el simpático nombre de la excelente actriz para quien ha sido escrito y á cuya tutela lo confía su respetuoso admirador—

Heraclio C. Fajardo.

Montevideo, 20 de Agosto de 1856.

RASGOS CRITICOS.

Epilogo.

Si mon oeuvre n'est pas un assez bon modele
J'ai du moins ouvert le chemin,
D'autres pourront y mettre une dernière main.
LA FONTAINE.

Jamais mon Journal
Originał
Et véridique.
Ne dira de bien
Ni de personne, ni de rien.
Sans pitié j'ai mis
Au pilori de la critique
Tous mes ennemis
Et surtout mes meilleurs amis.
Visant à l'effet,
Je suis satisfait,
Quand sur un méfait
Je puis exercer ma satire,
Partout on admire
Les mots que je fais;
Pourtant je ne fais
Que des mots qu'on a déjà faits.
CLAIRVILLE, THIBOUT ET DELACOUR.—«Lanterne
Magique, Revue de l'année 1856.

No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento de mi espada la postera:
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozco misero y cobarde.
JOSE DE ESPRONCEDA.—«El Pelayo.»

Honorable Cámara de Representantes.

DE LA

Literatura Nacional.

MIEMBROS.

JOSE PEDRO PINTOS.—Presidente

JUAN JOAQUIN BARBOSA.—Secretario.

Costado Izquierdo.

Francisco Xavier de Acha . . .
Francisco Acuña de Figueroa . . .
Heraclio Claudio Fajardo . . .
Carlos Carballo
Antonio Carreras
Fermin Ferreira y Artigas . . .
Stenio

Costado Derecho.

Juan Carlos Gomez.
Andrés Lamas.
Gregorio Perez.
Carlos Augusto Fajardo.
Miguel Cané.
Ramon de Santiago.
Pablo Julian Rios.

¡Din! Din! Din!

Campanilla del Presidente.

J. P. PINTOS.—Señor Secretario, llame V. la causa del día de hoy.

J. J. BARBOSA.—Los miembros que componen esta Honorable Cámara han dado queja contra el Sr. D. José Antonio Tavolara, Colaborador del *Eco Uruguayo*; este es el motivo que nos trajo á este local para decidir de una vez si hay lugar á condenacion. El acusado, Sr. Presidente, está aquí presente; véale V. en su

postura humilde. Parece tener ganas de llorar, pues saca el pañuelo de la faltriquera del frac y lo lleva á los ojos. ¡Pérfido!

J. P. PINTOS.—¡Magnifico! Ahora díganos V. de que está acusado el acusado.

J. J. BARBOSA.—Señor Presidente, se le acusa de haberse revestido de crítico..... se le acusa de unos *Rasgos Críticos*.... ¡infame!.... se le acusa de infamacion contra todos los literatos de la República Oriental del Uruguay..... se le acusa de envidia á sus mismos héroes..... se le acusa de haber dicho la verdad demasiado desnuda..... se le acusa de osadía por su crítica al decano de nuestros vates..... ¡malvado!.... se le acusa de haber nombrado al sublime Sr. D. Domingo Sarmiento..... se le acusa de haberse ocupado de la nariz de V. Sr. Presidente.... ¡atrevido!... se le acusa de tantas cosas que sería largo enumerar; baste al pueblo soberano que nos ve, nos oye y nos escucha, saber que yo le acuso de haber publicado en sus alocados daguerreótipos mi composicion de tanto precio: la *Cotorrita*.

J. P. PINTOS.—¡Magnifico!

J. J. BARBOSA.—No, señor Presidente, no es magnifico; es insultante.

J. P. PINTOS.—Basta, señor Secretario. El tiempo pasa y la República (Diario) me espera... A mi modo de ver, Señores Representantes de la Literatura Nacional, la acusacion es simple pero magnifica; la adopcion de cabo á rabo.... ¡Acusado! seque V. sus arrependidas lágrimas, ponga el pañuelo en la faltriquera y dispóngase para defenderse de tan magnifica acusacion; no desespere V., pues en este momento le hemos puesto bajo la tutela de la justicia. Veamos las disculpas que V. presenta, pero sobre todo le recomiendo brevedad: ¡la República está sobre un volcan!..... Tiene V. la palabra.

J. A. TAVOLARA, pálido, temblante, la mano derecha en el seno y la izquierda apoyada sobre el banco, todo de negro vestido, con el frac abotonado, se levanta y se espresa así:

¡Señor Presidente! ¡Señor Secretario! ¡Y vosotros todos que formais los costados derecho é izquierdo, salud, gloria y prosperidad!.... Qui bené amat, bené castigat.... ¡Sabe V. el latin, Sr. Presidente?

J. P. PINTOS.—¡Magnifico! Siempre he tenido gusto al latin.

J. A. TAVOLARA.—Antes de defenderme, apelo al juicio de la posteridad, pues desde ya declaro la incompetencia de esta honorable Cámara para fallar en esta causa de suma importancia. Apelo á la opinion pública; ella será nuestro juez. No importa, voy á presentaros, señores, mis disculpas.

Por fin he llegado al cabo de mis rasguños inofensivos.....

H. C. FAJARDO.—Como Director del periódico que

publicó las *Criticas* del 'acusado, declaro que miente. (*Aprobacion en los bancos.*)

J. A. TAVOLARA.—Tiene V. razon, mentía al aseverar que ya habia acabado mi obra; aun quedan varios escritores de quienes no he hecho todavía el retrato, no por falta de voluntad ni de argumentos, pero porque he alcanzado á prever la conjuracion que se tramaba contra mis pobres escritos; no me he engañado, pues héteme aquí en el banquillo, interpelado por los ilustres miembros de esta Honorable Cámara, acusándome de haberlos maltratado.

Mas, señores, deber mio era el decir la verdad; ahora comprendo cuán susceptibles sois, malgrado vuestro alto grado de genio, talentó é inteligencia.

Ahora comprendo que el hombre es siempre chico, por grande que sea.

EL COSTADO IZQUIERDO.—¡A la orden! ¡a la orden! ¡es un escándalo! ¡es insostenible!

MIGUEL CANE.—Dejad hablar al interpelado. Por mi parte confieso con la mayor humildad, mal que os pese, que estoy satisfecho del busto de mi retrato.

VARIAS VOGES.—¡Qué lástima!

J. A. TAVOLARA.—A la verdad no podeis menos que reconocer mi indulgencia, y en lugar de acusarme, debiais agradecerme, pues me era posible divulgar ciertas cosas y he preferido callar. (*Explosion de indignacion.*)

CARLOS CARBALLO.—Al correr de la lengua, es intolérable.

J. A. TAVOLARA.—Pido no se me interrumpa de este modo al correr de mi elocuencia, pues de lo contrario.....

EL COSTADO IZQUIERDO.—No queremos esplicaciones; ¡basta, basta! ¡a la orden! ¡a votacion!

J. A. TAVOLARA.—Pero, señores.... apelo al costado derecho; esta es una violacion de los derechos del acusado. Me habeis llamado, debo defenderme, y de grado ó por fuerza es preciso que oigais. Todavía no he dicho todo lo que necesito decir.

Nuevo Robinson Uruguayo, acabo de descubrir en esta sala, que yo creía—¡tonto creyente!—habitada por la amabilidad, la espontaneidad de indulgencia; en esta sala he descubierto, he visto apuntar el pie del odio, y reculo atónito, pasmado, asombrado, estupefacto, asustado.

¡Y el odio, señores, sabeis lo que es?... Es un salvaje que la civilizacion puede pulir, pero que jamas conseguirá domar, tanto mas siendo un odio tan terrible como el que vosotros me teneis.

Desde aquí os veo preparar vuestras amargas réplicas para maltratar mi esqueleto literario; desde aquí os veo aguzar vuestras lenguas crueles. ¿Quién no temblaría al contacto de vuestras miradas, de vuestras sonrisas irónicas?... No estrañéis pues si parezco conmovido. (*Profundo silencio.*)

Hago impresion, luego digo la verdad.

Por cierto, meditaís alguna emboscada, pero tengo cuidado de mí; no os temo. Me sostendré en mí puesto hasta agotar la tinta de mi tintero.

Si á toda fuerza quereis la guerra, la harémos, señores, la harémos y volveré á publicar otros *Rasgos Críticos*, mas estensos, mas llenos de verdad por de contado, y por lo tanto mas irritantes.

¿Qué digo?

Francamente, soy culpable; lo conozco, soy un gran reo, un criminal indigno de vuestra compasión.... Me he atrevido á fotografiaros. ¡Qué perfidia!

Ya el remordimiento roe mi pluma, rojo de vergüenza estoy.

F. A. de FIGUEROA.—Ya es tarde; sufra V. el castigo que merece.

VOCES.—¡Chito! chito!

J. A. TAVOLARA.—Protesto, señores; se me coarta la libertad de la palabra.

Continuo.

Lo que mas me anima, es que mi conciencia niugun reproche me hace; mientras que, si mis rasguños fuesen calumnias, bastarían vuestras voces tan elocuentes, tan persuasivas, tan cándidas, tan benévolas para revelar de una manera clara, terminante y esplicita toda mi perversidad, toda mi infamia.

Pero he dicho la verdad, nada mas que la verdad.... toda la verdad.

Bien sé que todas las verdades no se deben divulgar, mas aquí, en mi caso, era fuerza mayor obrar así.

Señores, me declaro, me reconozco, me confieso arrepentido.

FERMIN FERRFIRA Y ARTIGAS.—En virtud del arrepentimiento que parece mostrar el acusado, pido á la Honorable Cámara tenga á bien perdonarle sus errores. Seamos sublimes, siendo magnanimos y generosos.

J. P. PINTOS.—Ya que mis méritos me han llevado á la silla presidencial, voy á dar mi fallo en esta magnífica cuestion, y apoyando la magnífica mocion del poeta Fermin, diré que debemos perdonar; sí, perdónemos..... Pero sepa el señor acusado que deseamos saber porque ha omitido en sus *Rasgos Críticos* al Doctor D. Alejandro Magariños Cervantes, á D. Juan José Soto, al Doctor D. Luis Otero, á D. Ildefonso García (futuro Doctor), y al jóven poeta Pico.

CARLOS CARBALLO.—Al correr de la lengua diré que el Sr. Presidente habla como si supiera, y por mi parte pido que el acusado daguerreotipe acto continuo, al correr de la máquina, los escritores olvidados al correr de la pluma.

J. A. TAVOLARA.—Os doy las gracias por tanta bondad y estoy pronto á satisfaceros, señores, pero reclamo vuestra indulgencia, pues no me he preparado y no sé qué decir, lo que es peor.

Empezaré por el mas distinguido. (*Profundo silencio.*)

J. A. TAVOLARA.

CRONICA TEATRAL.

EL CASTILLO DE SAN ALBERTO.

El drama de este título, exhibido el domingo en el Teatro de Solís, bastaría á asegurar á la Compañía actual la asfluencia constante del público, si la situación de Montevideo no fuera tan lánguida; decidiría sobre la superioridad de algunos de los actores de hoy, si el aplauso unánime de los espectadores del drama no la hubiesen declarado ya desde la primera representación.

El Castillo de San Alberto es uno de los mejores dramas que ha exhibido la Compañía Duclós. El interés de los espectadores, despertado con vehemencia desde las primeras escenas, crece sin cesar á la par de una acción brillante cuyo término no se logra traslucir sino bajo el sentimiento intenso del mismo desenlace.

El carácter de relieve, tan bella y enérgicamente concebido por el autor, nos manifestó á la Sra. Duclós, inspirada, conmovente, rodeada del doble prestigio de la hermosura y del arte, como una personificación del génio bajo la forma de una mujer hermosa. Es indispensable, creemos, para juzgar á esta jóven actriz, verla jugar el rol de condesa de Flavy. Los celos de la esposa hácia la casta jóven que juzgaba su rival, y la ternura y la desesperacion de la madre cuando reconoce que es su hija; en un momento, sobre todo, cuando para librarla de la ira del conde niega ésta á su madre, llamándola loca.... es imposible idear la desesperacion y el amor con que la primera dama se ha estremecido, yendo á desgarrar á nuestros corazones el prestigio del verdadero sentimiento. No diremos, como el *Nacional* que ella ha exprimido nuestras fibras, pero sí que las ha hecho contraer y dilatarse, que las ha herido con violencia, cruel ó deliriosamente.

La señorita Mariana Segura, en todo su rol, pero muy especialmente en el instante que citamos, ha hecho un brillante efecto. El carácter de inocencia, de tenido que estaba su papel, es uno de sus principales recursos: la ironía es tambien en sus manos una poderosa arma, de la cual la hemos visto usar otras veces con éxito grande. En el drama á que nos referimos hubiera tenido mas aplausos, si, embelesados con el hechizo de su naturalidad, no hubiesemos dejado pasar las oportunidades mejores.

Ortis tenía un papel ingrato y en el que por mas esfuerzos que hiciera poco lucimiento podia reportar de él.—Le apreciamos demasiado para detenernos en un análisis mas largo sobre su desempeño en ese rol.

García, en sus roles secundarios, no ha inspirado aun desgraciadamente todas las simpatías que merece. Es un actor de mérito, que se hace amar de los que ven en el teatro algo mas que los trages elegantes de los principales personajes. ¿Se creeria por esto que no

es apreciado? No: queremos decir que debe serlo mas. El intérprete del leal escudero del conde de Flavy ha sido como acostumbra un poseido y feliz actor.

Habría que aplaudir muy buenos momentos en otros de los que tomaron parte en la ejecución del drama, pero, que nos perdonen la generalización en que los incluyen ó algunos pecados suyos ó la torpeza nuestra; y respecto á algunos la misma aridez de su rol. A cada santo le vendrá su día.

C.

DE TODO UN POCO.

Cumpliendo con nuestra promesa, hemos traducido un artículo en que se trata de las mil y una calamidades con que un compositor de talento, Vera, se ha encontrado en el camino del Teatro *Argentina* de Roma. No hay escaramujos ni espinas en las que no haya ensangrentado su pobre ópera. Felizmente, el triunfo le esperaba, y un brillante triunfo, ¡por diez! Pero dejémonos de charlas y traduzcamos:

«Vera habia visto dar en Paris el drama *Adriana Lecouvreur* de Scribe y Legouvé. ¿Quién no recuerda el entusiasmo que *Rachel* escitaba en este grandioso papel (1)? El maestro fué arrobado por este argumento, y, autorizado por un uso que es casi un sistema en Italia, encargó á un escritor, amigo suyo (al Sr. de Lauzieres, si no nos engañamos), de sacarle un poema lírico. La gran cuestion era si se debía conservar el título de *Adriana Lecouvreur*. El trage tambien levantaba dificultades. Los artistas cantantes italianos—hombres y mugeres, el sexo poco importa,—no gustan de los polvos. Hay en Italia tenores y baritonos que no sacrificarían sus patillas, sus bigotes ó sus peras por el mas bello papel. No los acusemos; rescatan esta débil flaqueza con muchas calidades.

«Se pensó desde luego en dejar tal cual la intriga de la pieza, pero atrazando la época y haciendo de *Adriana Lecouvreur* una cantora, una sirena, una... cualquiera cosa, escepto una trágica. Hubieran seguido un mal camino. Decidieron por último por la verdadera *Adriana*, y, salvo los cortes indispensables para el cuadro del libretto, el drama quedó intacto. El escritor encargado del poema tuvo buen cuidado de no suprimir el recitado de *Fedra*; se esforzó en traducir, lo mas fielmente posible, los magníficos versos de Racine.

«Vera escribió su música, y á Roma se fué.

«Creyó confiar el manuscrito al director de la orquesta y desde ya ensayar. ¡Ay! ¡cuán engañado estaba!

«Entonces principiaron los obstáculos; á medida

(1) Nosotros la recordamos, pues la primera vez que vimos á esta célebre ARTISTA, fué en este drama.

J. A. TAVOLARA.

que se hacian desaparecer diez, nacian veinte. En primer lugar el principe de Bouillon no podia ser marido de la princesa; no se admite en la ciudad santa—á lo ménos en la escena á un marido *estrellado*. Era preciso hacerlo novio; por consiguiente mudar de nombre.—Mauricio de Sajonia tenia la imprudencia de decir «mi ángel» á *Adriana* (esta palabra abunda en los poemas líricos italianos); pues, la censura romana no admite ángeles con ferroné, imaginad si los permitiría cuando tienen la desgracia de empolvase. Además, Mauricio de Sajonia debia hacer comprender claramente al público que amaba á *Adriana* por el buen motivo, y á la princesa de Bouillon por agradecimiento.

«Luego, cortes y mas cortes.

«Finalmente el libretto salió de las garras de la censura, hechando sangre por los tijeretazos, remendado con extrañas variantes.

«Vera, aceptó todo ó mas bien se resignó y se abstuvo cuidadosamente de anunciar al autor lo ocurrido. ¿Y para que, por lo demás? A nada le hubiera servido.—Cortó y modificó acá y acullá su música para seguir los cortes y las modificaciones del tribunal de la censura y creyo haber llegado al cabo de sus calamidades... ¡Ilusion amarga! no estaba sino en el vestibulo.

«Vino el turno de los artistas.

«Habia dos *prime donne*. La princesa de Bouillon halló el papel de *Adriana* mucho mas importante que el suyo: no queria servir de *repente*. Fué preciso rogar á otro poeta, el del teatro, añadiera algunos trozos; ¿donde? ¿quien puede saberlo? pero con tal que fuese hasta concurrencia de número con los de *Adriana*.—¿Ahora, está Vd. satisfecha, señora?—No enteramente. Exijo que mi papel esté en el título como el de *Adriana*.—¿Pero como hacer? ¡Por diez! nada mas simple. Intitúlese la ópera: *Adriana Lecouvreur y la Duquesa de Bouillon*.—(En la grito, la princesa habia tomado el título de duquesa. Fué menester aprobar todos los caprichos.) Bastante era el conseguir sin alboroto que la artista se resignase á ser nombrada en segundo rango. Hubiera podido exigir que se pusiera en el cartel: *la Duquesa de Bouillon* sin mas añadidura, ó *la Duquesa de Bouillon y Adriana Lecouvreur*.

«Veamos la otra. Habia dos *prime donne*, es verdad, pero la que debia representar el personaje de *Adriana* era la primera de *obbligo*; pues de resultas de las concesiones hechas al otro papel, el suyo ya no tenia la misma importancia. ¡Malo! no cantaría, ó no tomaría interes sino por conseguir hacer caer la obra.

«El baritono no gustaba de su rol de marido transformado en novio; no queria ser celoso; los celos lo aburrían. Tenia razon, ¡qué diantre! Vera se vió otra vez obligado á echar mano del poeta del teatro para cambiar una aria. El autor no estaba en Roma, y no habia tiempo; la estacion corria á su término.—

Naturalmente, después de las palabras, Vera debió volver a hacer la música.

—Resumámos.

«El tenor halló su papel insignificante.—¿Qué es ese Mauricio de Sajonia q' enamora a dos mugeres a la vez? ¿Es soldado? ¿Es enamorado?—Bah! no quiero cantar.—Tuvo que reemplazarlo un tenor menos exigente y menos sabio en el capítulo de los amores.

«Cuando se trató de los trages, ¡Dios mío! ¡que enojos! ¡qué alboroto!—¿Para quienes esas pelucas empolvadas?—Es preciso que me corte las patillas! mas bien me dejo emputar un brazo. Y si la ópera sale mal, deberé esperar dos meses para que mi barba ¡No queremos, no queremos!

«En fin, fué necesaria una tergiversacion; fué preciso transigir, y se convino que se empolvaban dejándoles la barba. El contraste debió ser magnifico.

«Fácilmente os hareis una idea de la buena y cordial intelijencia que reinaba en los ensayos. Las dos damas debían ensayar su duo sin mirarse.

«La primera noche, Adriana cuniplió con su palabra. Dejó caer el rol. Siguió que la duquesa de Bouillon fué vivamente aplaudida, y se hizo poca atencion a la Sta Leconvreur. Esto no era lo que quería la prima dama encargada de este soberbio personage. En resumidas cuentas, como la música era buena, y el compositor nada tenía que ver en esas envidias de artista a artista, el día de la segunda representacion, la Corti dió sus escusas cantando a las mil maravillas. Tanto habia sido fria y tosca la vizpera, otro tanto fué deslumbrante de numen y de celo el día siguiente. Fué sublime, fué magnifica, tuvo los mas bellos honores de la noche. Se abrazaron; se hizo la paz. El duo de las dos damas fué muy aplaudido; ¡los artistas y el maestro fueron llamados treinta veces durante la funcion! Fué un éxito de entusiasmo, un gran triunfo, una verdadera ovacion.»

¡Bravo!

¡Así se consigue el triunfo en Roma! Es seductor.

Pero, como dicen, el fin justifica los medios. El éxito hace olvidar todas las calamidades, todas las fatigas que lo preceden. Y no podemos menos que rendir justicia a los Romanos por el triunfo que tributaron a su conciudadano, al hermano de la Sofia Vera Loring.

Para bien pintar a un hombre, dice Eugenio Pottou, para comprenderlo enteramente, es preciso quererlo un poco y respetarlo mucho.

Nada de notable en el mundo literario; cada cual

hace su trabajo como de costumbre,—lo mejor que sea posible.

El lunes hemos asistido a la lectura del drama *Camila O'Gorman* en el Teatro de Solis; hallábanse presentes a la audicion el decano de los vates Uruguayos D. Francisco A. de Figueroa, el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes, los señores Carlos Carballo, Mangel du Mesnil, Stenio, Carlos Fajardo, J. C. Horne y Vicente Garzon.

¡Bravo! amigo Heraclio, eres joven; amamos la juventud;—eres poeta, amamos la poesia.

La juventud es la inespierencia; la joven peesia es casi siempre un brillante colorido sobre la negligencia del dibujo.

Pronto la Compañía Duclós terminará sus trabajos artisticos para volver a Buenos Ayres, donde la esperan nuevos triunfos.

Sus últimas representaciones desde hoy serán los dramas *Catalina Howard*, *Juan sin tierra*; las comedias *la Escuela del Matrimonio*; las *Ilusiones perdidas*, *Trampas inocentes*, *un clavo saca otro clavo*; y las zarzuelas *Buenas Noches D. Simon*, *el Maído de la Mujer de D. Blas*.

Ya que según los avisos, aquella compañía desea acabar la nueva temporada con lo mas sobresaliente y escogido de su repertorio (*Album de Señoritas*), le pediremos una repetición del *Hombre de mundo* en lugar de *Catalina Howard* ó de *Juan sin tierra*.

Del *Nacional* del 9 tomamos la siguiente bomba que nos lanza el poeta Figueroa sin siquiera gritarnos ¡cuidado!

Incendio.

¡GRAN QUEMAZON! Y no es Baratillo, ni remate;
Sino los versos de un vate,
Que arden mañana a las tres.

—¡Oh dolor!..... ¡si se salvará
Una Toraida siquiera!

—¡No hay perdon, todo a la hoguera!
Es orden de TAVOLARA.

F. A. de Figueroa.

Colaboracion del *Eco Uruguayo*.

Montevideo, Marzo 11 de 1857.

Cumplase, comuníquese y publíquese.

J. A. Tavolara,

SUPRIMIENTOS DE UNA MADRE

Por Enrique Conscience.

Traducida para el *Eco Uruguayo* por J. A. T.

(Continuacion.—Véase pag. 85.)

III.

En el mercado del viernes, por el lado de la callejuela de Valkenstraet, un carro de dos ruedas está en venta entre otros objetos. Es uno de esos carros llamados, en Amberes, con el nombre de *mosselbak*, porque sirven particularmente para carretear moldes. Allí cerca, se halla un hombre que parece excesivamente humillado; con los brazos cruzados sobre el pecho, pasea sus miradas inquietas del carro al pregonero, ocupado un poco mas lejos en vender otros ratículos. De tiempo en tiempo, el hombre desconsolado golpea la tierra con pié impaciente, como asaltado de pensamientos crueles: después vuelve a caer en un sombrío abatimiento cuando su mirada se posa sobre el ganapon que le ha permitido hasta entonces vivir de su trabajo.

Durante ese tiempo, dos jóvenes señoras acaban de pasar bastante rápidamente; una de ellas debe haber notado la espresion dolorosa de la fisonomía de ese obrero, porque detiene a su compañera en la esquina de la callejuela, y le dice:

—¿No ha notado V. Adela, la tristeza grabada en la cara de este hombre?

—¿De qué hombre, querida amiga?

—Allí; mire como se impacienta, como se tuerce los brazos! Por cierto; Adela, es un desgraciado.

—Es muy posible, Ana; quizá tambien no esté mas que colérico.

—No, Adela, ya soy práctica y sé conocer. La espresion del verdadero infortunio lleva un sello ante el cual uno no puede jamás engañarse; atrae los corazones sensibles y causa una dulce emocion de piedad; la cólera y la maldad no producen sino un efecto de repulsion. No me engaño, amiga mía; ese obrero es una víctima de nuestro largo invierno. Mire, sus vestidos no están ni desaseados ni rotos. Acerquémonos, yo bien sabre preguntarle la causa de su desconsuelo.

Las dos señoras se dirigieron hacia él; pero, al mismo tiempo, se arrimó otro obrero quien le dijo, golpeándole en la espalda:

—¿Francisco, que te parece este tiempo? ¿Un poco frio, no es verdad? Vén conmigo, pago la gota.

El obrero afligido se retiró bruscamente de bajo la mano que permanecía sobre su espalda, pero no contestó. El otro, sorprendido, lo miró de frente, y vió sus facciones descompuestas.

—¡Eh bien! Francisco, esclamó, ¿qué tienes, camarada?

La contestacion no llegó aun inmediatamente; las dos jóvenes señoras tuvieron tiempo de acercarse un poco para mejor oír lo que iba a decir aquel de quien Ana habia adivinado la angustia y la miseria.

Una voz sorda, entrecortada de largos suspiros, é impresa de una extrema turbacion, dijo por último:

—¡Gerardo, me hablas de una gota! Moriria mas bien que ir a mojar mis labios. ¡Querido amigo, si supieses cuanto sufro!

—¿Qué hay pues, Francisco? ¡Pareces un hombre que no es de este mundo? ¿Amigo, Teresa ha muerto?

—No, no, todavía no, Gerardo. Pero, ves, a ti te lo puedo decir, pues eres nuestro amigo. Tú sabes, ¿no es verdad? jamás he sido perezoso para el trabajo; y, Dios sea alabado, he podido hasta hoy ganar mi pan. Pero ahora se acabó. Mi Teresa, mi buena Teresa; ¡ay! no ha comido nada hace dos días. Nuestro Juan está reducido a nada por el hambre; y mi niña, nuestra Lola, quizá ha muerto en este momento..... los senos de la madre están secos de frio y de necesidad.—¡Mira, Gerardo, cuando pienso en nuestro estado, soy capaz de matarme!.... ¿Podrías tú ir a mendigar, Gerardo?

—¡Mendigar!.... No, por cierto; tengo aun manos a la estremidad de los brazos.

—¡Eh bien, yo tambien! Pero hemos llegado a tal punto, que hemos vendido todo, empeñado todo, salvo nuestro carro, que ahí está. ¡Habíamos ahorrado tanto, Gerardo, para poder comprarlo! ¡Habíamos por tanto tiempo comido pan duro para conseguirlo! Pero, ya que Dios lo quiere, que su voluntad se cumpla. Si el pregonero viniese bien presto de este lado..... podría llevar pan a mi mujer y a mis hijos.

—¡Aquí viene! ¿Dime, Francisco, vives siempre en la calle de Winkelstraet?

—Sí.

El pregonero llegó en ese momento con una silla en el lugar donde el desgraciado obrero se hallaba, y gritó en voz alta:

—¡Mercaderes, acercaos! Venid, aficionados de carros, venid!

Beneficio de Ortiz.

El primer actor y director de escena de la Compañía Duclós, Sr. D. José Ortiz, nos ofrece para su beneficio una manifica funcion, lo que unido a las simpatias que ha logrado conquistarse en la escena montevideana, nos hace esperar que la noche del sábado próximo SOLIS será favorecido por una brillante concurrencia.

La *Carejada* es el drama que se dará esa noche. El conocimiento que ya se tiene de ese drama en Montevideo nos dispensa de encarecer su mérito: pero no

debemos omitir que, en el rol protagonista, el Sr. Ortiz sigue un modelo que le dará todo el mérito de la novedad entre nosotros; ese modelo es el célebre Valero. A mas de este aliciente, Matilde Duclos, en compañía de Enamorado, cantará el dúo de la carta en la zarzuela *Jugar con fuego*.

La funcion terminará con *La Sal de Jesus*, en que no hace muchos días la misma Matilde arrancó tantos, tan espontáneos y unánimes aplausos.

El aprecio en que es tenido el beneficiado y el mérito de este programa, nos dispensan de recomendar la asistencia al teatro en la funcion del sábado.—Estamos seguros que Ortiz tendrá esa noche la prueba mas inequívoca de simpatías cuya existencia tal vez ignora aun.—Le deseamos plena satisfaccion.

En el album de la señorita C. S.

Para inscribir, hermosa, en este libro

El homenaje que rendirte quiero,

En vez del pobre bandolin que vibro,

Yo careciera del laud de Homero.

Montevideo, 5 de Marzo de 1857.

Un joven Oriental de 15 á 16 años nos pide la insercion del siguiente—

SONETO.

A.—

Consuela mi alma tu mirada ardiente,

Ángel de amor y celestial ventura,

Resplandeciente estrella de hermosura

Ornada de atractivo refulgente:

Tu sonrisa en tu labio es inocente,

Y recuerdo en mi pecho, oh criatura,

Nada mas que las horas de dulzura

Y tu lado pasadas dulcemente.

¡Hoy nos separa nuestra mala estrella!

¡Ya no podré tu rostro contemplar!

Mas pronto, pienso, te veré tan bella

Para feliz entonces respirar.

Y este amor que te tiene el alma mia

¿Olvidarlo podrás, tú, algun dia?

E. B.

Febrero 20 de 1857.

Sr. Redactor de EL ECO URUGUAYO.

Se servirá V. dar lugar en las columnas de su apreciable periódico á la siguiente charada dedicada al Sr. D. Cándido Bustamante en compensacion de la acertada solucion que dicho Sr. ha dado á otra publicada en el *Album de Señoritas* y por esta atencion quedará á V. sumamente grato su afectisimo S. Q. B. S. M. C. T.

Charada.

Si en verso ó elegante y claro

Descifraste mi charada

Yu atencion á esta reclamo

Pues para ti está formada.

Ella y tu sois uno, á veces

Ausente te representa

Presente tu lo ennobleces

Y se forma con tres letras.

Antes aun de conocerla

Yo te invito á combinarla,

Cambiarla, ó descomponerla,

Reducirla, ó dilatarla.

Y si allá en tu fantasia,

Te acomoda el alterarla;

Es sola condicion mia

Que no has de desfigurarla.

Quiero, que de mis tres letras

Saques un corte de espada

Un soplon de las tormentas

Y soga determinada.

Y si á mas tu no lo llevas

Para ser tu obra completa

Hallarás en las tres letras

Como aumentar nna ceta.

Encontrarás en el todo

Un necesario al billar,

Para señora un adorno

Y un resguardo militar,

Del fusil un utensilio

Tambien podrás encontrar;

Para un clérigo, un auxilio

Y un material de techar,

Hallarás del rostro humano

Algo que en el ojo adorna

Y lo que está muy marcado

En cierta clase de bocas.

Y ella y tú sois uno, á veces,

Ausente te representa

Presente tu lo ennobleces

Y se forma con tres letras.

IMP. DEL SR. ROSETE, CALLE DE BUENOS AIRES N.º 205.